



www.loqueleo.com

© 2016, Ana Carlota González

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-566-1

Derechos de autor: 050277

Depósito legal: 005780

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2016

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Juan Ramón Alonso

Actividades y corrección de estilo: Gabriela Tamariz

Diagramación: Ramiro Jiménez (libro) y Carlos García (actividades)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El nido vacío y otros cuentos

Ana Carlota González



loqueleo



*Para Juan Ramón Alonso
y sus pinceles mágicos,
que conocen el alma
de los animales.*



*«Podemos juzgar el corazón
de una persona por la forma
en que trata a los animales».*

IMMANUEL KANT

Índice



El nido vacío	13
La hazaña de Domingo	39
Los amigos de Matías	65
El gato que no era gato	89
Biografía	113
Cuaderno de actividades	115

El nido vacío



Octavio era un burro viejo. Ni doña Carmen sabía cuántos cientos de cargas había llevado en la espalda durante su larga vida. ¿Cuántos viajes para traer a Julio y Karina de la escuela? ¿Cuántos sacos de maíz, papas, cebollas y zanahorias había transportado Octavio de la finca al pueblo o del pueblo a la finca?

13

La vida de esa familia no habría sido la misma sin su querido burro, pero, sin saber cómo ni cuándo, los que él quería se alejaron. Los niños crecieron y se fueron a la ciudad, don Luis murió y desde entonces doña Carmen vivía sola en la casa de la finca. Oc-

tavio se sentía viejo, solo y cansado, hasta que la dueña de unas diminutas alas le devolvió la alegría de vivir.

Julio y Karina se querían llevar a doña Carmen a la ciudad. Cada vez que venían se lo decían:

14 —No debería estar sola, mamita. ¡Venga con nosotros!

—Es mejor que ustedes me visiten a mí —respondía doña Carmen.

Al caer la tarde todos se marchaban y Octavio, doña Carmen y el gato se quedaban solos otra vez, hasta la próxima visita. Después de que se iban, ella refunfuñaba mientras recogía las cosas que sus nietos habían cambiado de sitio y las regresaba al lugar donde habían estado durante los últimos treinta años:

—Ya no tengo paciencia como antes. Es bueno que vengan pero también que se va-

yan. Me gusta estar sola. A mi edad, necesito tranquilidad.

Hasta le molestaban los rebuznos de Octavio. Cada vez que el burro rebuznaba, ella abría la ventana y gritaba:

—¡Silencio, Octavio! ¡Sus rebuznos molestan a los vecinos!

Pero a los vecinos no les molestaban los rebuznos. Más bien les alegraba pensar que doña Carmen no estaba sola, que Octavio la acompañaba.

Desde que murió don Luis, la finca ya no era la misma. La casa parecía abandonada. El viento cerraba las ventanas de golpe y doña Carmen remplazaba los vidrios rotos por pedazos de cartón. Las paredes, que él antes pintaba cada año al terminar la temporada de aguas, estaban desteñidas y, debajo de las canaletas, había manchas negras de la lluvia que las